

RESEÑAS

PERSPECTIVAS TEOLÓGICAS DEL CAPITALISMO

The Economy of Desire: Christianity and Capitalism in a Postmodern World

Daniel M. Bell

Grand Rapids, Michigan: Baker Publishing Group, 2012, 224 p.

Being Consumed: Economics and Christian Desire

William T. Cavanaugh

Grand Rapids, Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 2008, 103 p.

¿De dónde proviene la primacía absoluta del capitalismo?

Entre la cacofonía de respuestas que se discuten en los salones de clase de las universidades norteamericanas, Daniel Bell y William Cavanaugh proponen en estos trabajos una novedosa perspectiva crítica. Y digo novedosa porque el argumento de ambos no es ni económico, ni sociológico ni mucho menos psicológico: es una crítica del capitalismo desde la teología cristiana. Ya la teología de la liberación había transitado un camino similar desde las versiones criollas del capitalismo y la modernidad latinoamericanas. Sin embargo, Bell y Cavanaugh solo abordan de forma marginal a Gustavo Gutiérrez, el sacerdote y teólogo peruano considerado el padre de la teología de la liberación. Quizás precisamente porque su audiencia no está compuesta de intelectuales cristianos versados en

la crítica marxista sino de estudiantes universitarios norteamericanos que han nacido justo cuando caía el muro de Berlín y se proclamaba el «fin de la historia».

Bell y Cavanaugh parten de la misma premisa: el capitalismo, además de ser un sistema económico, es también un sistema ontológico. Es decir, el capitalismo es un ordenamiento exhaustivo de la condición humana. Basta ver las caras sonrientes de esos mismos estudiantes universitarios luciendo orgullosos el ícono del Che Guevara en sus pechos en un concierto de rock o mejor aún de música rap. El sistema capitalista cultiva con esmero el deseo de rebelión natural y suple esa demanda de rebelión de forma controlada y, naturalmente, rentable.

Cavanaugh, profesor de teología en la Universidad de Saint Thomas, en Saint Paul, Minnesota, concentra su atención en la noción de libertad a que se refieren los economistas cuando hablan de «libre» mercado. De forma minuciosa, contrapone los conceptos de libertad en Friedman y San Agustín (Friedman, 1962). Según Friedman, el complejo entramado de relaciones contractuales que subyace la operación de una economía capitalista no tiene un fin último. No hay justificación teleológica alguna. Sólo es indispensable que estas relaciones sean consensuales, libres de interferencia ó coacción para que de forma «providencial» la voluntad egoísta redunde en una forma de bienestar común.

Para San Agustín, el individuo sólo es libre cuando sus facultades intelectuales, emocionales, espirituales dan cuenta de un propósito último y verdadero de la existencia. En este sentido, un drogadicto no es libre cuando consume el objeto de su adicción porque la sensación de bienestar es temporal, fungible – en una palabra, falsa. El calvinismo (predominante en la Escocia de Adam Smith) es profundamente escéptico de la facultad humana para reconocer la providencia divina cómo propósito último de la existencia. La visión mínima de libertad de John Stuart Mill, que es la de Friedman, se presenta, entonces, cómo una especie de premio de consolación. La combinación de democracia liberal y capitalismo es la única alternativa factible ante la imposibilidad del reino de Dios en la tierra y es, por tanto, el «fin de la historia».

En algunos de los apartes más interesantes de su libro, Cavanaugh pone en evidencia la frágil consistencia conceptual de la noción de libertad en Friedman. En las economías capitalistas, el consumidor es bombardeado con una retahíla de mensajes publicitarios que, lejos de tener una benévola función informativa, constituyen un sistema de manipulación del deseo. El concepto de libertad en Friedman se presenta, entonces, como ingenuo y falaz. Es ingenuo porque engendra un individualismo a ultranza en donde la más mínima noción de solidaridad

comunitaria es percibida con sospecha y la virtud por excelencia es la indiferencia bajo el nombre de «tolerancia». Y es falaz puesto que encubre las relaciones de poder y subordinación (inherentes a la economía capitalista) detrás de un velo ontológico que difícilmente es inteligible para el individuo.

Para el teólogo Daniel M. Bell, quien enseña en el Seminario Luterano en Carolina del Sur, el capitalismo y el cristianismo, lejos de ser complementarios, son realmente sustitutos: en su condición de sistemas ontológicos alternativos el capitalismo y el cristianismo compiten entre sí para dar forma, organizar y canalizar el deseo humano. Así, la constante búsqueda del crecimiento del producto interno bruto debe ser entendida como una especie de tierra prometida. Cuando un famoso economista afirma que el capitalismo liberará algún día a la especie humana de las necesidades materiales y que le permitirá deshacerse de la religión y la virtud, está haciendo una afirmación de corte teológico (Keynes, 1963).

Más que una crítica al capitalismo como sistema económico, el libro de Bell llama la atención sobre sus infundadas pretensiones como sistema ontológico: el mercado no puede ser la institución central de la vida humana. En los apartes más interesantes de su obra, Bell critica cierto tipo de pragmatismo cristiano como el «evangelio de la prosperidad», muy popular en el Sur de los Estados Unidos, e invita a los cristianos a vivir la economía «divina» como la sugieren los evangelios. Su programa incluye una recalibración de la amistad como virtud superior a la tolerancia y nos invita a «fermentar la levadura» del mercado. La creciente exigencia de intercambios comerciales justos («fair trade») es un pequeño paso en esta dirección.

ALFREDO GARCÍA
University of Virginia

REFERENCIAS

Friedman, Milton (1962), *Capitalism and Freedom*, Chicago: The University of Chicago Press.

Keynes, John Maynard (1963), *Essays in Persuasion*, New York: Norton.